PARTIR Á TIEMPO.

PIEZA EN UN ACTO

DEL CÉLEBRE SCRIBE,

TRADUCIDA . . . . . .

por Don Ramon Arriala.

4 Vs

MADRID. IMPRENTA DE REPULLÉS.

1835.

PERSONAS.	ACTORES.
DON COSME GONZALEZ, comerciante.	*D. C. Latorre.*
DOÑA ANA, su muger.	*D.ª C. Rodriguez.*
CÁRLOS, su sobrino. .	*D. J. Romea.*
ISABEL, su sobrina. .	*D.ª I. Boldun.*
EL VIZCONDE DE MIRALTA.	*D. F. Romea.*
RODRIGUEZ, dependiente de don Cosme.	

La escena se figura pasar en Madrid en casa de don Cosme. El teatro representa un salon; puerta en el fondo. A la derecha del actor la puerta de la habitacion de doña Ana, á la izquierda la del despacho de don Cosme. Una mesa junto á la puerta de la derecha.

PARTIR Á TIEMPO.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL *junto á la mesa*: DON COSME *en pie dando unas letras á un criado.*

Cos. Dos mil... cuatro mil... ocho mil... doce mil... en letras; y seis mil en oro... Lleva estos diez y ocho mil reales á don Jorge mi cajero... son los fondos para su viaje. (*Sale Rodriguez.*)

Isab. Al fin se va... pobrecillo... recien casado...!

Cos. Sí, sobrina mia... sino dispones otra cosa, hoy mismo á las cuatro camino de Cádiz... y de alli á la Habana... Qué haces tú ahí?

Isab. Estoy repasando mi leccion de italiano.

Cos. Pues! de italiano... para qué sirve eso? si fuera de castellano... vaya... y aun eso... aqui estoy yo... que en mi vida he abierto un libro, á no ser de caja. Y sin embargo, no por eso he dejado de hacer pesetas... digo... me parece que he hecho una pacotilla muy decente... pues empecé sin nada.

Isab. Decente? considerable...! y no tenia usted nada?

Cos. Oh! aquellos eran otros tiempos... todavía me parece que me estoy viendo en Sevilla...

716611

de mancebo de una tienda... Qué calor, hombre, en aquel Sevilla... bien que entonces no necesitaba yo mucho para que se me calentasen los cascos.

Isab. Dicen que los ha tenido usted muy ligeros, querido tio.

Cos. Un poco, querida. Y las manos listas. Eso es todo lo que me ha quedado de mis juventudes. Por fortuna ahora todos me obedecen. "Señor don Cosme, por arriba; señor don Cosme, por abajo." Ya se ve! á fuerza de vender por cuenta de otros he llegado á vender por mi cuenta. El aguardiente sobre todo es el que me ha hecho hombre. Hasta que me cansé y dije: basta de comercio. Negociante, girante de letras, especulador en grande, empresario. No siendo de teatros, se entiende. Ese es mal comercio. Quiebra segura. El público consume mas aguardientes que comedias. Me he hecho de oro, y me parece que no empleo mal mis riquezas.

Isab. Seguramente. Ha ayudado usted á sus parientes.

Cos. Ah! Por desgracia ya quedan pocos. Ya no tenia mas que á tí y á tu primo Cárlos... los tres no bastábamos á consumir tanto. Entonces los amigos me dijeron: "Gonzalez, cásate:" los amigos siempre aconsejan esas cosas. Doy en pensarlo, y al cabo un dia veo á una muchacha... Voto va! Ésta, dije para mí, ésta. Por desgracia era la hija de una condesa... familia interminable... la mas encopetada que se paseaba por el Prado.

Isab. Era cosa de desesperarse.

RBC
NcU

Cos. Yo lo creo; pero de alli á poco averiguo que era una casa arruinada... el padre emigrado... perseguido... ya se ve, liberal... el año veinte y cinco... confiscado por Calomarde. Ánimo, dije yo. Ésta es la mia. Hable el dinero. Y habló: toma si habló, mejor que un procurador. Se discutió mi peticion, y resultó algo de la discusion, porque de alli á poco nos casamos. Entonces conocí lo que valia el dinero. Abrí mi caja, y contemplando por un lado mi muger, por otro mis doblones, viva el presupuesto! esclamé. Otros se andan rompiendo los cascos para encontrar la felicidad; yo eché por el atajo; la compré. Sí señor; la muchacha mas bonita y mas amable de Madrid.

Isab. Sí por cierto.

Cos. No es verdad? Qué talento, hombre! Y luego ha tenido la bondad de amarme y hacerme feliz. Solo una cosa me incomodaba al principio. Yo no habia de votar, no habia de jurar... no habia de decir diferiencia, sino diferencia... Vea usted ahora! No soy yo el que hablo? No tengo dinero? y si alguna vez se me escapaba alguna de esas tonterías, ya tenia encima á mi muger, y á todos esos señorones que la visitan... qué risas! qué algazara! Por vida de...

Isab. Tio!

Cos. No tengas miedo; ahora no está mi muger aqui. Déjame desahogar siquiera un rato por la mañana. A mis solas. Asi es que he llegado á aborrecer á todos esos marqueses y señoritos que hablan pulido... monadas!

Isab. Sin embargo, querido tio, los hay tan amables...!

Cos. Hola! Tú tambien? Ya se ve, el baile, y el piano, y la cabatina, y el italiano... voto va...! Pues si te caso, descuida, que no ha de ser...

Isab. Qué dice usted?

ESCENA II.

DICHOS. RODRIGUEZ *saliendo de la habitacion de* DOÑA ANA.

Rod. La señora pregunta por la señorita...

Isab. Ay! y yo me estoy aqui charlando...

Cos. Qué importa? Espérate.

Isab. Bien quisiera; pero me estará aguardando mi tia para darme leccion... es tan buena... ella misma se ha encargado de mi educacion. Cuando me hizo usted venir á Madrid, yo no sabia nada... era tan torpe... Todo el mundo se reía de mí! No decia mas que tonterías.

Cos. Pues asi te queria yo... podiamos hablar al menos, y nos entendiamos.

Isab. Sí, pero ya ve usted, quién se hubiera querido casar conmigo? Mi tia me dice siempre que en el matrimonio no hay felicidad posible, cuando uno de los consortes tiene que avergonzarse del otro... y como ya en el dia en la sociedad todo el mundo tiene buena educacion...

Cos. Quieres dejarme en paz! Oiga! Pobrecilla! Pues no cree que va á encontrar un marido en la leccion de geografia y de historia... Teniendo dote...! Esto no es cuento: esta es la ver-

dadera historia, la historia de España de ahora, y la de siempre, y la de todos los paises. Pero haz lo que quieras... Me has hecho hablar mas que un ministro... y tengo sed... Rodriguez! Dame una copa de aguardiente. (*Isabel hace una seña á Rodriguez.*) Qué es eso? no has oido?

Isab. Pero tio, no se acuerda usted de que el médico le ha prohibido á usted...

Cos. El médico, el médico... ese es otro... que me quiere educar á mí tambien. Empeñados todos en que tengo la misma enfermedad que mi padre: mentira! mi padre no tenia un cuarto: por fuerza se habia de morir! Una campanilla! Tu tia llama.

Isab. Voy, voy.

Cos. Oyes, no vayas á decirle una palabra de lo que ha dicho el médico... se asustaria...

Isab. Bien, tio. (*Vase.*)

Cos. Y no me dejaria beber mas que vino mezclado con agua... y par diez! que eso es echar á perder dos cosas buenas. A ver, tú... echa ahí, echa... esta vida se ha de pasar á tragos... Qué tal? (*Apurando la copa.*)

Rod. Esa es filosofia.

Cos. Es la verdadera. Bruto, toma tú, y ayúdame.

Rod. Yo, señor!

Cos. Vamos! Lo mando yo. Asi. A tu salud.

Rod. A la de usted. (Este es todo un amo: llano, sin etiquetas. El pan pan, y el vino vino.)

ESCENA III.

DICHOS. EL VIZCONDE, *y despues* CÁRLOS.

Viz. Vamos, sube... si me has de (*Al paño.*) presentar.

Cos. Qué es eso? (*Apurando la copa.*)

Viz. A ver: está su ama de usted (*A don Cosme.*) visible?

Cos. Mi ama!

Viz. Sí; mi señora doña Ana... anúncieme usted.

Cos. Qué le anuncie! (*Furioso.*)

Cár. Buenos dias, querido tio! (*Entrando.*)

Viz. Su tio! qué diantres (*Aparte asombrado.*) he hecho yo...!

Cár. Don Cosme Gonzalez. (*Presentando su tio al Vizconde.*) El señor Vizconde de Miralta. (*A su tio.*)

Cos. Pues... un vizconde... ya me lo podia yo haber figurado.

Cár. Ha conocido este verano pasado á mi tia y á mi prima en los baños de Sacedon.

Viz. Donde he tenido la fortuna de prestar algunos servicios de poca entidad á esas señoras.

Cos. Cierto; mi muger me lo escribió.

Viz. Y á mi vuelta, he recibido un convite, de que vengo á darle las mas espresivas gracias.

Cos. Siendo gusto de mi muger... (*A Cárlos.*) Dónde diablos vas tú á buscar esos conocimientos...

Cár. Es un amigo antiguo... un compañero del colegio de S. Mateo.

Cos. Sí, eh...? es lástima que sea vizconde... Pobrecillo! Siendo amigo de mi sobrino, caba-

llero, siempre sereis bien recibido... quiere usted tomar alguna cosa... una copita de aguardiente... vaya! anímese usted.

Viz. Esto es magnífico! me convida (*Aparte riendo.*) á echar el aguardiente.

Cár. Tio... esas cosas no se hacen. (*Bajo á don Cosme.*)

Cos. Eh? Vaya! Pues... Rodriguez, llévate eso... Pido á usted mil perdones, caballero, por mi atencion... le dejo á usted con mi sobrino... está usted en su casa... Cárlos es mi hijo, ó lo mismo que si lo fuera.

Cár. Querido tio...!

Cos. Y eso que ahora nos tiene abandonados; esto es un sentimiento ciertamente para todos.

Cár. Oh!

Cos. Ademas, está triste; está muy mudado.

Cár. No, tio mio. (*Esforzando una sonrisa.*)

Cos. Pues qué, eso no se ve?

Viz. Dice bien el señor; ayer en la ópera, por ejemplo, tenias un aire tan abatido... creí que estabas malo. Qué diablos tienes?

Cár. Habia trabajado demasiado.

Cos. Muy mal hecho... las matemáticas van á acabar con él. Tiene demasiado juicio. Yo le quisiera mas calavera. Usted podia ponérmelo al corriente, señor vizconde. Te hace falta dinero? Quieres algo? aguarda... triste y en la ópera... voto va! Hay por alli alguna... apostaria...

Cár. Tio!

Cos. Cierto que eso es cuenta tuya. No digo mas palabra. Voy á avisar á mi muger: la diré que hay aqui un vizconde que quiere verla. Aun

asi, Dios sabe si estará visible, porque hace algun tiempo que anda mala tambien... y taciturna, y... Servidor de usted. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CÁRLOS. EL VIZCONDE.

Viz. Con que este es don Cosme Gonzalez, ese negociante tan rico, tan considerado, y de quien me ha hecho su muger tantos elogios?

Cár. El mismo. Es un señor escelente, á quien lo debo todo, mi ecsistencia, mi educacion. Daria la vida por él.

Viz. Oh! lo sé; no se me ha olvidado todavía aquel lance que tuviste en una ocasion con un caballerete insolente que quiso burlarse de él, y que quedó suficientemente escarmentado. Pero cuánto me recuerdo de su muger, cuyo buen tono y distinguidos modales...

Cár. Ah! eso es lo menos en ella... fuera imposible encontrar reunidos mas virtud y mas juicio... Casada por orden de sus padres, cuyo bienestar aseguraba este enlace, con un hombre cuyo género de vida y cuya educacion no podian simpatizar nunca con ella, no desconoció los inconvenientes de su posicion... Pero ha sabido triunfar de ella... y donde otra hubiera visto tan solo un deber, ella ha sabido encontrar la felicidad

Viz. De veras?

Cár. Podrán hacerla sufrir las aprensiones de su marido, pero tiene bastante talento para no sonrojarse... ella le protege con su dignidad, le

ennoblece á los ojos del mundo: en una palabra, le estima tanto, que obliga á los demas á imitarle, y estimarle tambien. Esa es la sociedad; la muger es la que hace al marido respetable ó ridículo.

Viz. Es decir que le quiere?

Cár. Sin duda, porque sabe muy bien sus deberes.

Viz. Y crees que sea feliz?

Cár. Eso solo Dios lo sabe... pero al menos parece serlo... tal vez lo será tambien. Yo bien sé que mi tio es á veces impaciente, colérico, pronto... es el hombre del pueblo, de la naturaleza, con todos sus arrebatos generosos y todos sus defectos de educacion... pero es tan bueno para su muger... la quiere tanto... Oh! sí, indudablemente... es un matrimonio feliz. Por otra parte ella posee un encanto inesplicable que comunica su felicidad á cuantos la rodean.

Viz. A quién se lo dices? Este verano he pasado tres meses á su lado, y te confieso que he estado á dos dedos de perder la cabeza.

Cár. Eh? de veras?

Viz. Y bien? qué te da? Quieres impedir que guste tu tia? trabajo te mando; ni era yo el único: cuantos jóvenes habia en Sacedon le hicieron la corte... Por lo que hace á mí, mas ducho que otros en esos negocios, conocí desde luego que era tiempo perdido y toqué retirada...

Cár. Querido vizconde! (*Cogiéndole la mano.*)

Viz. Parece que me lo agradeces... (*Riéndose.*) pues amigo no fue virtud. Pero ella no echó en saco roto la delicadeza de mi conducta; me

granjeé su amistad, y esto era ya pagarme acaso con usura... y yo, por otra parte, en vez de una pasion loca que me hubiera hecho culpable ó desgraciado, he encontrado en otra ese amor puro y verdadero, nunca perturbado por los remordimientos, nunca emponzoñado por el temor... amor que hará en lo sucesivo la felicidad de mi vida... en una palabra, quiero casarme.

Cár. Tú? te felicito; y aun mas á la elegida.

Viz. Pues la conoces.

Cár. Yo!

Viz. Sí... y acaso no te hago esta confianza sino con miras interesadas... Hace dos años encontré en algunas sociedades á una jóven, bella como un sol, pero sin educacion, sin... desconocia enteramente los usos del mundo; era casi un objeto ridículo; yo era el único que, no sé por qué, la habia defendido algunas veces... á lo mejor desapareció; de entonces acá apenas me habia vuelto á acordar de ella, cuando este año la vuelvo á ver en los baños... figúrate, amigo mio, la gracia, la elegancia personificadas... y sin haber perdido su primitiva sencillez y candor, un entendimiento claro, cultivado... Dos años de educacion esmerada y de estudio habian llevado á cabo este prodigio... y lo que mas me ha llegado al corazon, es que se me ha figurado que el deseo de parecerme bien ha tenido alguna parte... no lo puedo dudar.

Cár. Es posible?

Viz. Sí; eso, y la bondad, el esmero de tu tia...

Cár. Es mi prima? Isabel?

Viz. La misma.

Cár. Y piensas en casarte con ella? Tú, jóven, rico, de ilustre cuna...

Viz. Y por qué no?

Cár. Ah! querido vizconde... nunca me hubiera atrevido á desearle á mi prima un enlace tan ventajoso... Debo sin embargo franquearme contigo... Mi tio, á quien el trabajo y el comercio han elevado á una fortuna colosal... mi tio, que es en el dia uno de los primeros negociantes de Madrid, ha empezado su carrera por ser en Sevilla mozo de una tienda... y nada mas.

Viz. No lo sabia... y ahora no me perdonaré nunca de haberme reido de él... para empezar de ese modo y acabar asi, es preciso algun mérito indudablemente. En adelante le respetaré.

Cár. Esa circunstancia no altera tu resolucion?

Viz. Te chanceas? no somos compañeros? no hemos estudiado juntos?

Cár. Pero tu familia acaso...

Viz. Mi familia piensa como yo. En el dia, amigo mio, el comercio, la industria, la riqueza, el talento, la cuna, todas son aristocracias... se dan la mano. Quién gobernará mañana, quién mandará? Un grande, un procurador, tú, yo, si nuestro talento nos da aptitud: en el dia no hay mas que dos clases en la sociedad... los que tienen educacion, y los que no la tienen... esos son los únicos enlaces desiguales, esos los desgraciados. Por consiguiente, y gracias al mérito que se ha sabido crear tu prima, no estamos en ese caso,

y aqui me tienes con mi pretension, que traía escrita por mas señas...

Cár. Querido amigo!

Viz. Espero que mi ejemplo te anime... y que lanzarás lejos de tí esas ideas melancólicas y sombrías... haz como yo, una buena eleccion y una buena boda. Eso te distraerá.

Cár. Yo...? qué diferencia! es imposible... (*Suspirando.*) no hay felicidad para mí.

Viz. Y por qué?

Cár. Ah! si supieses... si yo pudiera confesarte... Silencio! (*Mirando á la puerta.*) aqui tienes á mi familia... te dejo con ella.

ESCENA V.

DON COSME. DOÑA ANA. EL VIZCONDE. CÁRLOS.

Ana. Mil perdones, vizconde; le he hecho á usted aguardar... no esperaba visitas tan temprano...

Viz. Efectivamente; yo soy el que debo disculparme...

Ana. Todo lo contrario: nos trata usted como amigos. Mi esposo me lo decia ahora mismo; debemos estar agradecidos...

Viz. Señor...!

Cos. Usted es muy amable. (Es mucha muger; ella me hace decir siempre mil lindezas, sin que á mí me cueste trabajo pensarlas.)

Ana. A Dios, Cárlos; (*Viendo á Cárlos que ha cogido su sombrero.*) ayer te esperábamos para comer... y no viniste... nos tuviste con cuidado.

Cár. Querida tia!

Cos. No te lo decia yo? Maldito (*A Cárlos.*) si yo te entiendo jamas. Lo mismo que por la noche: yo contaba contigo para que la acompañases al baile... y nada.

Cár. Me fue imposible.

Cos. Imposible! Y poco despues doy el brazo á mi muger, que iba hecha un cielo por cierto, y me veo al caballerito á diez pasos de nosotros en medio de la calle, con el agua que caía, viéndola subir al coche. Y todo para qué? para irse luego con el señor vizconde á suspirar y gemir á la ópera.

Cár. No lo creais.

Ana. Y aun cuando eso fuese... (*Esforzando una sonrisa.*) qué habria de malo...? me crees tan severa por ventura...! Cárlos, en siendo tú feliz, no deseo yo otra cosa... Esas son cuentas (*Señalando al vizconde.*) por consiguiente del señor; ahora, en teniendo penas, las reclamo; tengo derecho á ser tu confidenta... este es el privilegio de las tias; no sirven para otra cosa.

Cár. Señora!

Cos. Asi, asi... si has de ser el hijo de la casa... en atencion á que yo no he tenido ninguno de mi muger... lo cual no es culpa mia...

Ana. Cosme...!

Cos. Lo digo, porque pudiera creerse...

Ana. Vizconde, nos hará usted el (*Apresurándose á interrumpirle.*) favor de comer hoy con nosotros?

Viz. Señora, será para mí una felicidad.

Cos. Bueno! é irán ustedes al teatro... Supongo, Cárlos, que hoy acompañarás á tu tia.

Ana. Acaso tendria mas gusto en ir á la ópera; yo no voy á la ópera esta noche.

Cár. Seguramente no lo cree usted como lo dice.

Cos. Me alegro, porque en la ópera... francamente, me duermo.

Ana. Cárlos, quieres decir que vayan por un palco?

Cár. Iré yo mismo, si usted gusta.

Viz. Abajo tengo mi coche; puedo llevarte.

Cár. Y tu pretension? (*Bajo al vizconde.*)

Viz. No me atrevo delante de tu tio. (*Bajo á Cárlos.*)

Cár. Vamos, pues.

Viz. Creyendo que no estaria usted (*A doña Ana.*) visible tan temprano, me habia tomado, señora, la libertad de escribir á usted.

Cos. Eh?

Viz. Y á usted, señor don Cosme, acerca de un asunto que me interesa sobremanera.

Cos. Asunto para mí?

Viz. Quiero, pues, dejar á ustedes en libertad para que lo piensen detenidamente. Ahí está; á mi vuelta sabré la respuesta. Vamos.

ESCENA VI.

DOÑA ANA. DON COSME.

Ana. Qué significa esto?

Cos. Para tí es el sobre... no acostumbro á leer las cartas de mi muger... dicen que es malo...

Ana. Qué es esto? quién hubiera (*Con alegría.*) imaginado...? pide la mano de Isabel.

Cos. Oiga! (*De mal humor.*)

Ana. No te llena de gozo como (*Asombrada.*) á mí la idea de un enlace tan ventajoso?

Cos. Maldito!

Ana. Y por qué?

Cos. No te diré que tengo antipatía á los señores, esto sería una necedad, porque al fin un hombre vale siempre tanto como otro hombre... En todas las clases hay hombres de mérito... y en resumidas cuentas, no es culpa suya si es vizconde... pero sí te diré que mi sobrina puede contar con un dote de veinte y cinco mil duros lo menos, que le tengo apartados; y pardiez! que no me he tomado yo el trabajo de atesorarlos para enriquecer á un estraño.

Ana. Es que el vizconde es rico.

Cos. Él, ú otro... qué mas me da? no es uno de los mios... y yo quiero que lo que he ganado con el sudor de mi frente no salga de la familia... es suyo, les pertenece... y lo tendrán... no conozco mas que un marido que pueda convenirle á Isabel... Cárlos, mi sobrino.

Ana. Cárlos?

Cos. Dónde hay un muchacho mas honrado, de mejor índole, mas juicioso, mas valiente...? No quieres que dé Isabel á mi sobrino!

Ana. Sí, esposo mio, sí... me parece muy natural... (Pobre Cárlos...!) pero...

Cos. Pero... pero... qué diablos de objeciones me vas á hacer? Es posible que en quedándonos solos siempre has de hacer la oposicion! Solo delante de gentes eres ministerial. Pues, no hay mas; ese ha sido siempre mi plan, y sino te lo he dicho antes, es porque hace tiempo

que he notado una cosa, que me aflige por cierto.

Ana. Qué cosa?

Cos. Tú sabes cuánto quiero á Cárlos; es mi consuelo, mi apoyo... despues de tí, es la persona á quien mas quiero en el mundo. Ya se ve, como tú eres buena y amable... le quieres, porque yo le quiero... por darme gusto... pero no es eso lo que yo quisiera...

Ana. Qué dices?

Cos. En una palabra; te cuesta trabajo... no parece sino que tienes miedo de agasajarle, de manifestarle cariño...! A veces le tratas con cumplimiento, y aun á veces mal; sí señor, mal.

Ana. Yo!

Cos. Te lo probaré... por ejemplo. No pudiendo yo abandonar mi casa y mis negocios, deseaba que él te hubiese acompañado en tu viaje... tú preferiste ir sola con tu sobrina y una doncella. Yo no te quise contradecir, pero fue para mí un sentimiento, y para él tambien.

Ana. Para él?

Cos. Voto va! él no gasta parola... no dice frases, no dice nada... pero allá en sus adentros... ya sé yo que nos quiere... á los dos. Mientras yo he estado malo, él se ha puesto á dirigir la casa; y par diez! aunque no era esa su carrera, lo hacia mejor que yo; mejor: al cabo tiene sobre mí la ventaja de la poca edad, de la actividad... y qué celo! Pues y para contigo? no digo nada. Siempre á tus órdenes: se dejaria él matar por alcanzarte un billete para la ópera ó para un baile... Y eso, eso es lo que necesitamos para ser felices... eso vale algo mas que

un estraño, que un desconocido... Está resuelto; y supuesto que hemos hablado de esto, hoy mismo es preciso que empieces á darle á conocer nuestros planes.

Ana. Yo! (*Turbada.*)

Cos. Tú... Quién mejor? Él no se opone nunca á tus deseos... á tí te será mas facil que á nadie persuadirle...

Ana. Probaré al menos. (*Turbada.*)

Cos. Es preciso; sino creeré que tienes un interes decidido en proteger al vizconde...

Ana. Pudieras creer...?

Cos. Oh! Sí... tú siempre te has inclinado á los señores... ya se ve, la cabra tira al monte. Pero yo, que no tengo nada que ver con ellos...

Ana. Esposo mio!

ESCENA VII.

DICHOS. CÁRLOS. (*Pensativo, y hácia el fondo.*)

Cos. Ahí le tienes... siempre pensativo... siempre triste... Qué diablos tiene? Cárlos...

Cár. Ah! tio... (*Volviendo en sí.*)

Cos. Acércate... tu tia tiene que hablarte.

Cár. De veras...? aqui estoy. (*Con viveza.*)

Cos. Hola...! parece que eso te ha (*Sonriéndose.*) sacado de tu letargo. Yo tengo que dar algunas instrucciones á mi cajero, que marcha dentro de poco...

Cár. Lo sé... Para esa empresa que piensa usted establecer en la Habana.

Cos. Precisamente.

Cár. Bonita especulacion... bien manejada sobre todo.

Cos. Asi lo espero... Pero tengo entre manos otro proyecto por acá que me interesa mas... aqui nos estábamos ocupando de él... pienso en tu porvenir... en tu felicidad... Mi muger te contará... Ahí te quedas, pues... charlen ustedes. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA ANA. CÁRLOS. (*Asombrado y siguiendo con los ojos á su tio.*)

Cár. Qué tiene mi tio?

Ana. Que tiene...? Cárlos... quiere casarte.

Cár. Ah! Eso llama él mi felicidad...? Espero que no tratarán de hacerme feliz á pesar mio; y como yo no he de consentir...

Ana. Cómo? sin conocer á la que te destinan?

Cár. No dudo que será rica, jóven, (*Amargamente.*) amable; en una palabra, perfecta... Pero, sea quien fuere, desde ahora rehuso todo partido... Ni amor, ni matrimonio... jamas. Bien estoy asi.

Ana. Tan feliz eres!

Cár. Feliz yo...? Soy el mas desdichado de todos los hombres...

Ana. Por qué? (*Con viveza.*)

Cár. Ni lo sé... Una fiebre lenta me consume y me mata... sin esperanza, sin porvenir, esta vida que empiezo ahora á recorrer, me parece acabada para mí.

Ana. Quién, sin embargo, pudiera tener esperan-

zas mas lisonjeras? Estimado, querido de todos, la fortuna te llama... la gloria acaso, los honores.

Cár. Gloria! Honores! Y para qué? A quién puedo ofrecer esos bienes? Quién se interesa por mí?

Ana. Quién? nosotros, Cárlos... no somos nadie tus parientes, tus amigos?

Cár. Sí; lo sé... todos ustedes me quieren...

Ana. Pues si lo sabes, por qué hablar asi? no me toca á mí, lo sé, aconsejarte... Pero si mi edad me priva de ese derecho, mi cariño, acaso, me le da. Vamos á ver; confiámelo todo; soy tu tia, tu amiga.

Cár. Bien... sí... su confianza de usted obliga la mia. Usted sola conocerá mi situacion... Amo... pero sin esperanza de ser amado... mas.. sin querer serlo jamas... porque si lo fuese huiria al fin del mundo.

Ana. Insensato! Has podido dar entrada en tu corazon á una pasion culpable!

Cár. Culpable? Quién lo ha dicho?

Ana. Las penas que sufres... porque un amor puro y legítimo no proporciona mas que felicidades... Pero vuelve en tí, reflecsiona adónde puede conducirte un amor semejante.

Cár. Ah! nunca ha amado usted cuando me hace esa reflecsion... adónde puede conducirme...? á amar, á sufrir... y esos tormentos mismos constituyen la felicidad de mi ecsistencia. Lejos de evitarlos, los busco, los deseo; y últimamente, mi tio lo ignora... me habian ofrecido un destino, un buen destino... lo he rehusado... era preciso alejarme de ella, era forzoso salir de Madrid.

Ana. Ah! está en Madrid? (*Conmovida.*)

Cár En Madrid!

Ana. Y no has pensado nunca en su tranquilidad, que podias perturbar... en su vida, que podias llenar de amargura...

Cár. Ah! Señora, si ese amor tan dulce á la par y tan cruel pudiese alterar su tranquilidad... si yo pudiese creerlo... Es imposible... su virtud la coloca sobre mí... y á Dios gracias, yo soy solo desgraciado.

Ana. Si lo eres es porque quieres, porque te entregas sin defensa al peligro, en lugar de huir de él, ó de arrostrarle. Yo no soy mas que un muger, y harto débil sin duda...! pero si algun dia, por mi desgracia, tuviese que luchar con sentimientos semejantes á los tuyos, lejos de ceder á ellos cobardemente, moriria tal vez, pero triunfaria... Tendrás tú menos valor? tendré que darte yo lecciones de valor y de energía? Vamos, Cárlos, amigo mio, créeme; no hay sentimiento, por profundo que sea, que la razon no pueda subyugar... ni desgracia tan grande que no pueda soportar y vencer nuestro corazon...! Yo te ofrezco mi apoyo, mi ausilio... y si eres lo que yo creo, si eres digno de mi aprecio, tú seguirás mis consejos.

Cár. Bien. Hable usted.

Ana. Tu tio quiere casarte con Isabel.

Cár. Isabel... mi prima... imposible... la quiere otro, el vizconde, mi amigo.

Ana. Es preciso persuadírselo á tu tio.

Cár. Lo haré.

Ana. Otros partidos habrá.

Cár. Jamas para mí: lo he jurado. Nada espero de la que amo, pero le conservaré siempre entero este amor que ella ignora, y unos juramentos que no ha recibido.

Ana. Enhorabuena. Hay otro medio que asegurará tu tranquilidad, y la suya tal vez... ese destino que te han ofrecido, y que te aleja de Madrid, es preciso aceptarle.

Cár. Privarme de su presencia? de mi felicidad...! qué le he hecho yo á usted para que me dé un consejo de esa especie?

Ana. Sin embargo, es preciso seguirle... solo asi puedes conservar mi amistad... elige.

Cár. Jamas.

Ana. Caballero, le creí á usted digno de mis consejos... le dejo á usted abandonado á sí mismo; nada tengo que decirle. (*Cárlos se aleja, echa una mirada al salir á doña Ana, que no le mira; suspira y sale.*) Ah! qué mal proceder!

ESCENA IX.

DOÑA ANA.

Por qué me inquieta su partida? Desterremos para siempre su memoria... quiero, sí... no (*Se sienta.*) puedo... presente, le temo; ausente, le echo menos... al verle me sonrojo... su nombre me hace temblar. Sin embargo, nunca me ha dicho que yo... debiera ignorarlo... Ah! Dios mio! Dios mio! Dame fuerzas para resistir; protégeme contra mí misma.

ESCENA X.

DOÑA ANA. DON COSME.

Cos. Vamos, (*Al paño.*) qué niñerías son estas?

Ana. Mi marido!

Cos. (*Hablando consigo mismo.*) Los hombres han de ser hombres.

Ana. Qué hay?

Cos. Don Jorge, mi cajero, que cuando yo le estoy hablando de vinos de Málaga, de azúcar y de café, da en la gracia de enternecerse... casi iba á llorar.

Ana. Por qué?

Cos. Ni me escuchaba pensando en su muger y en su hijo... Qué diablos? es preciso estar en lo que se hace... ademas que hay tiempo para todo... Yo no digo que no sea uno sensible... pero á ciertas horas... acabados los negocios. Aqui me tienes á mí; ya estoy libre... Y qué? has visto á Cárlos? Cuándo es la boda? Está ya decidido?

Ana. No del todo... (*Turbada.*) pero espero que...

Cos. Eso es otra cosa... (*Alegremente.*) con tal que al fin se verifique... si ellos no tienen prisa yo tampoco, gracias á una idea que me ha ocurrido.

Ana. Cuál?

Cos. La ausencia de don Jorge me va á sobrecargar de negocios, y he pensado en agregarme mi sobrino, que precisamente está desocupado.

Ana. (Dios mio!)

Cos. Me le asocio; vivirá con nosotros... al lado

de su prima, de su futura... no se separará ya nunca de nosotros.

Ana. (Soy perdida!) Y crees que lo aceptará?

Cos. Estoy seguro; por darme gusto... me ayudará á llevar mi casa, me servirá de compañía continuamente... y en mis ausencias no te quedarás tú sola... él te distraerá, te consolará... ahora sobre todo, que has dado tambien en la flor de hacer la sentimental... y de estar siempre mala, y...

Ana. Es verdad... pero creo que me aliviaria mucho si tuvieses la bondad de concederme lo que tantas veces te he pedido.

Cos. Cómo? (*Admirado.*) Ese proyecto de que me volviste á hablar el otro dia?

Ana. Precisamente. Déjame salir de Madrid, déjame ir á pasar algunos meses á nuestra hacienda de Andalucía.

Cos. Qué diablo de idea! Es que cuando las mugeres se empeñan en una cosa... Desde que empezó el invierno le ha tomado una aficion al campo! Vaya, señor...! Ya van cuatro veces que me viene con la misma cancion... y en qué tiempo... hágame usted el favor.

Ana. No me importa. Todas las estaciones me son iguales.

Cos. Pues á mí no. Acaso puedo yo estar separado todo el año de tí? Pues qué, se me ha olvidado ya el verano? Mi sobrino y yo... aqui solos... ni sabiamos qué hacernos, ni... en este caseron que me parece mayor todavía cuando tú no estás... A Dios sosiego, y felicidad, y... no parece sino que te lo llevas todo contigo.

Ana. Pues bien, vente conmigo. (*Enternecida.*)

Cos. Contigo? Ya se ve que iria, si pudiera... pero y mi comercio, y la casa? Oh! no, no, no. Yo no puedo apartarme de mi casa, y despues de haber trabajado todo el dia, necesito verte á mi lado... y hablar, y... Esto me distrae, me alegra... en una palabra, te necesito, no puedo vivir sin tí... es imposible.

Ana. Sin embargo, si me quieres, acabarás por concederme lo que te pido... padezco aqui demasiado.

Cos. Si fuese por tu salud no vacilaria; pero precisamente los médicos han dicho que no te conviene.

Ana. No importa; déjame partir.

Cos. Pero quién diablos te echa de aqui? Qué te obliga...?

Ana. Es preciso.

Cos. Y por qué? sepamos.

Ana. Querido esposo, no tienes bastante confianza en tu muger para...

Cos. Confianza? ilimitada.

Ana. Entonces no me preguntes mas... fiate de mí, y déjame partir.

Cos. No, par diez! no; mil veces no. Maldito si comprendo un empeño semejante; preciso hay algo aqui...Oh! yo lo sabré...quiero saberlo; lo ecsijo.

Ana. Ymposible.

Cos. Con que hay algo? Y no lo sabré? Pues bien, no concedo nada... no te separarás de mí.

Ana. Dios mio! (*En la mayor turbacion.*) no queda ningun medio, que yo sepa al menos.

Cos. Qué dices?

Ana. Que sometida á tí, á mis deberes, he creido por espacio de mucho tiempo que no habia

cosa en el mundo agena de ellos que pudiese hacerme impresion... me he equivocado... Hay sentimientos que no dependen de nuestro corazon ni de nuestra voluntad, que nacen á pesar nuestro, y contra los cuales no hay defensa, porque cuando una empieza á temerlos han echado ya raices...

Cos. Cómo?

Ana. No; no es decir que debas alarmarte, ni que este corazon haya dejado nunca de ser tuyo; es tuyo, sí, por deber, por gratitud, por... y á Dios gracias soy digna de tí, nada tengo que echarme en cara... pero acaso no pudiera decir siempre otro tanto... Tú eres mi mejor amigo, mi guia, mi protector... permíteme que ceda á unos temores... infundados acaso... pero que suscita en mí la conciencia de mis deberes y el cariño que te tengo.

Cos. Santo Dios! Qué acabo de oir? Amarias á otro?

Ana. No, no; pero temo... (*Bajando los ojos.*) No sabe... no lo sabrá jamas... (*Con viveza.*) y para afianzarlo mas, quiero huir.

Cos. Y ese hombre quién es? Quién?

Ana. Qué te importa?

Cos. Y por qué le amas?

Ana. No he dicho eso.

Cos. Pero yo lo sé... lo creo... estoy (*Fuera de sí.*) seguro... era preciso haberlo impedido... no haberlo sufrido jamas... dominarse, vencerse; siempre es uno dueño de sí mismo.

Ana. Lo eres tú en este momento?

Cos. Voto va! Eso es otra cosa! no es amor lo que yo tengo... es ira... es rabia... contra tí... contra todo el mundo.

Ana. Qué mas he podido hacer yo sin embargo? He hecho mal en confiarme á tí...? en recurrir á mi marido, en implorar su proteccion...?

Cos. No, no es eso; no... has hecho bien, sí... Yo soy quien pierdo la cabeza... aunque jamas se haya hecho á un marido semejante confesion, te creo... eres virtuosa... te estimo, te respeto... A él solo es á quien aborrezco... Cómo se llama? quién es? nómbramele, su nombre... Oh! estoy seguro de que le conozco, de que le detesto, de que le he abominado siempre... y si le encuentro...

ESCENA XI.

DICHOS. RODRIGUEZ.

Rod. El señor vizconde de Miralta. (*Anunciando.*)

Ana. El vizconde...! Ah! Dios mio! vendrá por la respuesta.

Cos. En eso estamos pensando. Qué se vaya!

Ana. Qué haces? Una grosería... imposible... pero, cómo recibirle ahora, cómo disculpar... En este momento... Suplícale que espere en la sala... (*A Rodriguez.*) Dile que voy allá... que una ocupacion... que me estoy vistiendo.

Rod. Bien, señora, bien. (*Vase.*)

Cos. Cuántos cumplimientos para un vizconde! (Ah...! qué idea! si fuese... los baños... Él es, sí.. estoy seguro, seguro.)

Ana. Qué tienes?

Cos. Nada... absolutamente nada... déjame... éntrate ahí. (*Doña Ana va á salir por la puerta del foro; don Cosme señálandole la de la derecha.*) No; ahí... á tu cuarto.

Ana. Pero qué significa esto?

Cos. Quiero que me deje usted... (*Conteniendo su cólera.*) lo ecsijo; lo mando.

Ana. Ah! me haces temblar... obedezco, obedezco.

ESCENA XII.

DON COSME.

Sí, sí... es él... debe ser él... yo lo sabré... le insultaré delante de todo el mundo, si es preciso... le preguntaré por qué quiere á mi muger, por qué es correspondido... Oh! no temo el ruido... me es igual... necesito escándalo... y si se ofende, le mataré, ó me matará él á mí... Está en mi casa... está aqui... espera á mi muger. No será ella quien reciba su visita... yo... yo. (*Da un paso para salir, y entra Cárlos.*) Mi sobrino!

ESCENA XIII.

CÁRLOS. DON COSME.

Cos. Cárlos!

Cár. Qué tiene usted?

Cos. Oh! Cómo deseaba verte y abrazarte...! A Dios, á Dios.

Cár. Adónde va usted?

Cos. A vengarme.

Cár. De quién? Por Dios, modérese usted... no dé usted una campanada, no provoque un escándalo. Quién le ha ofendido? Hable usted.

Cos. Ah! Bien quisiera... pero no puedo... no me

atrevo... si bien, á quién pediré consejo? á quién confiaré mis penas, sino á mi mejor amigo?

Cár Penas! Y quién las causa?

Cos. Quién sino la persona que amo mas en el mundo...? mi muger! Tú sabes si la quiero...! Pues bien... en este matrimonio, en esta intimidad nunca he tenido un solo instante de completa felicidad... nunca he podido mirarla como mi igual... No sé que especie de respeto y de superioridad me aleja de ella y me impone... Ni á amarla me atrevo... y por colmo de mi desgracia... yo mismo, á pesar del estudio que ponia en agradarme, he conocido mil veces que no es dichosa, que se avergüenza en el mundo de su marido...

Cár. Qué dice usted?

Cos. Sí; y esa es mi desesperacion, el haber de conocer yo mismo que le soy inferior, que no la merezco... Por qué la han sacrificado...? Por qué me la han vendido? Yo hubiera encontrado entre mis iguales una compañera educada como yo, una muger de mi clase que nunca me hubiera despreciado.

Cár. Qué idea!

Cos. Que me hubiera estimado y respetado, querido tal vez.

Cár. Y qué puede usted pedirle á la que ha escogido? Puede usted dudar por ventura de su cariño?

Cos. Sí, Cárlos, sí; dudo: hoy dudo; ni cómo pudiera ser de otra manera? Me contemplo á mí mismo, y me hago justicia. En esa sociedad que la rodea todos tienen otra educacion,

otro talento, otro... qué sé yo! No son todos jóvenes mas amables que yo? Vota va!

Cár. Y puede usted suponer que su muger... que la virtud misma, fuese capaz de engañarle...

Cos. Engañarme! No... no es eso lo que quiero decir... antes me quejo de su franqueza. Por qué ha tenido conmigo tanta confianza, ó por qué no la ha tenido completa? Sí; porque... ella ha sido, (*A media voz.*) ella misma, la que me ha confesado... aqui... ahora... que prefiere, que ama á otro.

Cár. Qué oigo? Cielos...! (*Fuera de sí.*) Y lo ha sufrido usted, y lo sufre usted todavía?

Cos. Cárlos, tú que hace poco me encargabas la moderacion...

Cár. Es que yo soy quien debe castigar semejante ultraje.

Cos. Cárlos, amigo mio! (*Deteniéndole.*)

Cár. Déjeme usted. Estoy furioso!

Cos. No saldrás de aqui... lo ecsijo; lo mando.

Cár. Es inútil... su nombre nada mas... su nombre.

Cos. Hé ahí precisamente lo que yo no sé... lo que se ha negado á confesarme. Pero sospecho que es el vizconde.

Cár. El vizconde!

Cos. A eso salia cuando has entrado; á averiguarlo, á hacérselo confesar á él mismo.

Cár. Qué dice usted? Iba usted á comprometer á su muger? Por otra parte es un error. El vizconde tiene otras miras, lo creo al menos... Y por parte de mi tia, qué motivo tiene usted para sospechar...?

Cos. Escucha... es un hombre á quien teme... de quien quiere huir... Ya varias veces antes de

ahora me habia hablado de un viaje... pero de una manera vaga, sin insistir... Pero hoy ha sido con empeño... me lo ha rogado... al instante, dice...! Preciso es, pues, que hoy mismo, esta mañana, hace poco, la presencia de alguien haya dispertado esos sentimientos en su corazon y la haya decidido à hacerme una confesion de esa especie.

Cár. Cielos!

Cos. Tú sabes acaso...

Cár. No, nada...

Cos. Pues bien; yo lo sabré... Preciso será que me lo diga... de lo contrario, infeliz... No me conoce.

Cár. Por Dios, cálmese usted.

Cos. Dices bien: podria echarlo todo á perder... conozco que yo no haré mas que desatinos... Pero tú, tú que eres nuestro amigo, tú tendrás acaso mas ascendiente, mas talento... es preciso que la hables.

Cár. Yo!

Cos. Por su mismo interes, aconséjala que me lo diga... si cede, no hay cosa que yo no pueda hacer por ella; pero si se resiste, hazle ver que la paz de nuestro matrimonio, que nuestro porvenir, que toda nuestra felicidad pende solo de eso. En fin, Cárlos, fio en tí... arréglalo lo mejor que puedas... Me lo prometes? sí...? á Dios, Cárlos, á Dios. (*Se entra por la izquierda.*)

ESCENA XIV.

CÁRLOS.

No puedo esplicarme lo que pasa por mí! Pero, á pesar mio, se ha deslizado una idea en mi corazon... una idea, que me haria el mas feliz de todos los hombres... ó acaso el mas desgraciado... No, no... no es posible... no quiero pensar en ello! Yo criminal? Jamas; yo propio me daria el castigo. El esceso mismo de mi felicidad me mataria! (*Va á salir á tiempo que entra doña Ana.*) Es ella!

ESCENA XV.

DOÑA ANA. CÁRLOS.

Ana. Yo muero de impaciencia...! Mi marido... Es preciso verle... Cielos! Cárlos! (*Dejándose caer sobre un sillon.*) Dios mio!

Cár. Señora, que tiene usted?

Ana. Nada... no quiero nada... quiero estar sola.

Cár. Cómo he de abandonarla á usted en ese estado?

Ana. No tengo nada; acababa (*Esforzando una sonrisa.*) de tener con tu tio una esplicacion en la cual la razon estaba sin duda de su parte.

Cár. No creo...

Ana. Quién te ha dicho...? (*Admirada.*)

Cár. Él mismo... que acaba de confiarme la causa de sus penas.

Ana. A tí...? Santo Dios! (*Conteniéndose y procurando disimular.*) Espero, Cárlos, que cono-

ciendo, como yo, el genio de tu tio, y sus arrebatos, no darás crédito á ideas cuya falsedad no tardará él mismo en conocer.

Cár. Señora, solo creo qne usted merece el respeto del mundo entero, y que es usted la misma virtud.

Ana. Ah! Estoy lejos de merecer esos elogios.

Cár. Y muchos mas todavía.

Ana. De qué lo sabes?

Cár. Todo lo demuestra... todo lo prueba... y yo por mi parte, muy otro ya de lo que era esta mañana, probaré en lo sucesivo, no á igualarla á usted, eso fuera imposible... pero al menos á imitarla, á seguir de lejos sus huellas.

Ana. Qué dices?

Cár. Que ahora ya puedo morir... he agotado en un solo instante toda la felicidad que podia esperimentar en la tierra... nada tengo ya que desear, nada que envidiar... Dígame usted solamente que mi corazon ha adivinado el suyo.

Ana. Ah! Habrá vendido (*Levantándose espantada.*) mi secreto!

Cár. No... ese secreto le pertenece á usted todavía... Nada ha dicho usted; nada sé... he podido equivocarme en tanto que vuestros labios no han destruido ni confirmado mis sospechas... pero cual fuere su fallo, todo lo olvidaré, lo juro... todo... escepto el honor y la gratitud.

Ana. Pues bien, pruébamelo.

Cár. Dócil á las órdenes de usted, las espero.

Ana. Esta mañana me decias: "Si fuese amado, huiria al fin del mundo."

Cár. Lo he dicho; es cierto.

Ana. Partid.

Cár. Ah! Qué acabo de oir? (*Arrojándose hácia ella.*)

Ana. Ni una palabra mas... conozco mis deberes... tú conoces los tuyos... Cualesquiera que sean mis órdenes, me has prometido obedecerme... y si fueses capaz de vacilar un solo momento, dejarias de ser temible para mí.

Cár. Obedeceré... No hay sacrificio de que no me sienta capaz... Tengo felicidad bastante ya para toda mi vida... Mi tio...

ESCENA XVI.

DICHOS. DON COSME, *y luego* EL VIZCONDE É ISABEL.

Cos. La has hablado? La has (*A Cárlos.*) decidido á no tener secretos para mí?

Ana. Sí; estoy decidida... todo lo sabrás.

Cos. Ah! Querido Cárlos, qué agradecido debo estarte! En cambio te prometo cuanto ecsijas... habla, dicta condiciones. Sepa yo su nombre, y consiento en todo...

Ana. Bien! Tus sospechas se habian fijado en el vizconde...

Cos. Cierto... y todavía...

Ana. Silencio... él es. (*Entra el vizconde dando la mano á Isabel.*) Para probarte hasta qué punto estabas equivocado, y para desvanecer completamente en tu imaginacion semejantes ideas, ecsijo en primer lugar, que consientas en su boda con Isabel, á quien ama, y de quien es amado.

Cos. Yo consentir...

Ana. Empiezas ya á faltar á tu palabra...?

Cos. No... pero eso es cuenta de mi sobrino, á quien yo la destino, y que no sufrirá jamas, segun creo... (*El vizconde mira á Cárlos, que le coge la mano y le tranquiliza.*)

Ana. Cárlos me ha dado ya su consentimiento. Pregúntale sino...

Cos. Es posible?

Cár. Sí, querido tio. No te lo dije? (*Bajo al vizconde.*)

Viz. Querido amigo! (*A Cárlos.*)

Isab. Cárlos!

Cos. Y tú tambien? Puesto (*A Cárlos.*) que lo he prometido, y que se abusa de esta manera de mi palabra...

Cár. Para hacer felices á dos amantes.

Cos. Enhorabuena... que lo sean, si pueden... Quedándome mi sobrino, me consolaré...! Es eso todo? (*A doña Ana.*)

Ana. No... no es Isabel la única persona por quien tengo que hablar... Tengo que pedir para Cárlos...

Cos. Y por qué no habla él mismo?

Ana. No se atreve... y me ha dado á mí esa comision.

Cos. No se atreve...? (*Asombrado.*) Qué diablos...?

Ana. Es natural que á su edad busque medios de instruirse... de ver mundo... hace tiempo que tiene proyectado un viaje...

Cos. Cómo? Mas viajes? (*Furioso.*) qué quiere decir esto?

Ana. Hé ahí lo que le impedia hablar... el temor de incomodarte... sin embargo, ese es el secreto

que le hace desgraciado, y si le quieres, no te negarás por mas tiempo á sus ruegos, y á los mios.

Cár. Sí, tio mio; es preciso... y si me negais esa gracia...

Cos. Te atreverias á marcharte á pesar mio? Cómo, (*A media voz.*) Cárlos, quieres abandonarme? y tú has podido concebir una idea semejante? Voto va! que va á ser de mí? A quién confiaré mis (*Mirando á doña Ana.*) penas? Qué significa esa comezon de viajar, ese vago deseo de ver tierras? Hallarás otra en que seas mas querido que en esta? por ventura yo y tu tia no te sabemos hacer feliz? Enhorabuena; aumentaremos nuestro cariño... solo te pido en cambio, Cárlos, que permanezcas á mi lado... quédate, hijo mio, quédate.

Cár. Ah! querido tio!

Cos. Cede...! Se enternece! (*Al vizconde y á Isabel.*) Amigos mios, ayudadme... Y tú tambien... estás ahí (*A doña Ana.*) sin decir nada... no parece sino que tienes deseos, interes en que se vaya.

Cár. No insista usted, tio mio; mientras mas me abrume usted de bondades... mas conozco que debo ratificarme en mis proyectos.

Cos. Qué dices?

Cár. No tengo otro modo de pagar sus beneficios... este viaje no será inútil para usted... En lugar de un dependiente, en lugar del cajero don Jorge, que nunca podrá mirar con grande interes sus especulaciones de usted, yo seré el que las haré prosperar... Yo iré en su lugar.

Cos., *Ana.* é *Isab.* Cielos!

Cos. Quieres ir hasta la Habana?

Cár. Sí señor.

Cos. Y los peligros de la travesía? y la mudanza de clima...? si cayeses enfermo...

Cár. Qué importa? (*Aparte con alegría.*) Soy amado.

Cos. Y aunque te librases de tantos riesgos... dentro de algunos años... á tu vuelta... sé el medico tenia razon, acaso ya no me encontrarás...

Cár. Qué dice usted?

ESCENA XVII.

DICHOS. RODRIGUEZ.

Rod. Señor, don Jorge (*A don Cosme.*) me envia á decir á usted si tiene alguna otra cosa que mandarle: la silla de posta está abajo enganchada y pronta á partir.

Cár. Y don Jorge, dónde está? (*A Rodriguez.*)

Rod. Abajo con su muger, que llora y se desespera.

Cár. (Otro mas á quien hacer feliz!) Dile que se quede... (*A Rodriguez.*) que yo voy en su lugar. Aun es hora; con la misma silla iré á mudar el pasaporte, y que me envien á Cádiz mi equipage.

Rod. Usted, señorito?

Cár. Anda aprisa. (*Vase Rodriguez.*)

Cos. Es decir que no hay modo de detenerte?

Cár. A Dios... (*Tendiendo la mano á todos.*) quédese aqui cuanto me interesa... cuanto me es caro...

Ana. Cárlos, eres un hombre de bien.

Cos. Par diez! Y quién lo duda? Ah...! (*Mirando á doña Ana, que se vuelve.*) ella tambien llora! gracias á Dios! Pensé que le veía marchar tranquilamente sin echar una lágrima.

Cár. A Dios, tio mio .. padre mio! (*A don Cosme.*)

Cos. Ah! ingrato! (*Vuelve la cabeza hácia Isabel y el vizconde, y se aparta con ellos mientras que Cárlos se acerca á doña Ana.*)

Cár. He cumplido con mi deber? (*A doña Ana.*)

Ana. Sí. (*Don Cosme se sienta en un sillon abrumado de dolor, y el vizconde é Isabel á su lado tratan de consolarle.*)

Cár. A usted lo debo, y parto (*Con gozo.*) feliz sin remordimientos. (*Doña Ana le tiende la mano.*)

Cár. Ah...! Está empapado (*Cogiendo su pañuelo.*) en sus lágrimas... nunca me separaré de él... lo consiente usted? (*Doña Ana abandona el pañuelo. Cárlos le oculta en su seno, y corriendo hácia el fondo.*) A Dios, no me olviden ustedes, y sean felices!! (*Vase, y salen tras de él Isabel y el vizconde.*)

Cos. (*Tendiéndole los brazos.*) Cárlos! hijo mio! Oh! Ya partió! (*Queda solo con doña Ana; despues de una ligera pausa se levanta y se acerca á ella.*) Tú lo has querido... he obedecido en todo... he consentido en su boda... mas aun... en esa partida... Ahora... te toca á tí... reclamo tu palabra. Su nombre... (*Con cólera reconcentrada.*) quién es ese hombre...? (*Se oye el ruido de un carruage en el patio que arranca: este ruido estremece á don Cosme, que se pone una mano en el corazon.*) Habla... su nombre... Dónde está?

Ana. (*Tendiendo los brazos hácia la parte donde se ha oido el carruage.*) Ya ha marchado! (*Don Cosme lanza un grito y esconde la cabeza entre sus manos.*)

FIN.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.50
no.27